

Asia Central y Kazajstán tres años después

Marco Buttino
Profesor
del Dipartimento di Storia,
Università di Torino

Durante la crisis del sistema soviético, en los años de la *perestroika*, los cambios en curso eran descritos como si se desarrollaran a lo largo de una línea con el antiguo régimen en un extremo y Occidente en el otro. Se creía que, aun con incertidumbres y retrocesos, el trayecto acabará siendo recorrido y que los ex soviéticos accederán a un Occidente un poco autoritario y un poco subdesarrollado. Dependía en gran medida, según las interpretaciones del momento, de la capacidad del Gobierno y de su líder, que deberían dirigir los avances a lo largo de todo el trayecto. Hoy en día, muchos dudan de esta teoría y consideran que no existe ni timonel ni única dirección. Después de 1991, la disgregación de la URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) ha evidenciado al mundo entero la complejidad oculta del sistema soviético y la heterogeneidad de situaciones y de culturas. De manera que, si queremos saber hacia dónde se dirigen las repúblicas del Asia Central y Kazajstán, no podemos esperar encontrar la respuesta recurriendo a indicadores de tráfico, que señalen hacia occidente, oriente, mercado, islam. Inevitablemente, encontraremos éstas y otras direcciones al mismo tiempo.

El punto de partida para nuestro balance a tres años de la ruptura formal de la URSS será una breve consideración sobre la etapa anterior. La región en cuestión ha sido colonia de Rusia durante un largo período, más de dos siglos en el caso de Kazajstán y más de uno en el de las repúblicas del Asia Central. Esta posición de dependencia ha tenido algunas características constantes: la población rusa inmigrada y el Ejército eran interlocutores privilegiados del poder central, de Petrogrado y de Moscú; la Administración estaba compuesta por procónsules designados desde arriba; una élite autóctona rusificada servía de enlace con la gente del lugar; el poder político (de manera más acentuada en la etapa soviética) se mostraba hostil a la cultura local y a toda expresión autónoma en la vida social. La violencia armada fue el instrumento de la primera conquista. Rusia la usó repetidamente contra las revueltas, la empleó para reconquistar la colonia durante la guerra civil, y otra vez se sirvió de ella para imponer el fin del nomadismo (es decir, el exterminio de los nómadas) y la colectivización. Después de la II Guerra Mundial, el poder apostó más por la persuasión que por la violencia. La sociedad local se adaptó a las transformaciones impuestas desde arriba, y con el tiempo se difundió la lengua rusa y la educación soviética. Sin embargo, cuanto más crecía la participación en el poder, tanto menos controlable por arriba resultaba el sistema: de hecho regía un compromiso colonial que permitía a Rusia dominar, pero sólo mediante hombres poco fiables, ya que estaban ligados también a lealtades distintas de las

oficiales e institucionales. La extendida corrupción (frente al poder central, tanto en tiempos del zarismo como de Gorbachov) era un signo evidente de la autonomía de las autoridades del lugar. Clientelas y clanes se repartían el Estado. Los códigos morales que cohesionaban y daban fuerza a este sistema, y que permitían distinguir constantemente entre “nosotros” y los “otros”, remitían a las tradiciones y a los valores de la religión islámica, o sea, a la cultura oficialmente ignorada. Llegaron sin embargo los difíciles tiempos de crisis, cuando el centro se encontró sin recursos materiales suficientes que redistribuir a través de los canales de un poder que quedaba ahora en manos de gentes del lugar. Cuando la URSS se declaró en bancarota, las repúblicas asiáticas, que ya habían evolucionado tácitamente de la dependencia a la autonomía, se convirtieron en Estados independientes. Seguiremos algunas de las huellas que indican el camino seguido por estas repúblicas una vez fuera de la URSS. Tomando en consideración el peso del pasado, trataremos del cambio en los sistemas políticos, del papel jugado por los intereses de Rusia y de las relaciones internacionales de los nuevos Estados.

“Las élites políticas pasaron de ser mediadoras en una relación colonial a ser clase dirigente en un país soberano”

Las élites políticas republicanas se convierten en soberanas

La proclamación de la independencia en 1991 fue el acto formal por el que las élites políticas republicanas tomaron conciencia de haber sido abandonadas a su suerte por Rusia y de que debían saltar del rango de mediador en una relación colonial al de clase dirigente de un país soberano. No hubo guerras de liberación ni revuelta contra el orden político y por la expulsión de los colaboradores con los rusos. En Uzbekistán, Islam Karimov, secretario del Partido Comunista, apoyó en agosto de 1991 a los autores de la tentativa de golpe de Estado en Moscú, compartiendo con aquéllos la voluntad de mantener unida la URSS y de impedir la realización de reformas radicales. Pocos días después del fracaso de esta empresa, proclamó la independencia, empezó a pronunciar encendidos discursos contra Rusia y a reivindicar el fin del

colonialismo. Después dio un nuevo nombre al partido y a algunas calles y, en diciembre, ganó triunfalmente las elecciones que le proclamaron presidente de la república. En Tadjikistán, la independencia fue proclamada por un presidente moderado, ex comunista pero decidido a disolver efectivamente el partido; el poder permanecía aún en manos de la vieja *nomenklatura* y, al cabo de algunos meses, Rajmán Nabíev, secretario del partido comunista, ganó las elecciones presidenciales. En Turkmenistán, Saparmurat Niyazov continuó siendo jefe del Gobierno y líder del partido (con un nuevo nombre), y se convirtió en presidente de la república el año siguiente. Una suerte parecida conocieron, en Kazajstán, Nursultán Nazarbaýev y su partido. Solamente en Kirguizistán se produjo un indicio de renovación con la elección como presidente de Askar Akáiev, un académico demócrata que no procedía de la cúpula comunista. Casi en todas partes venció la continuidad, demostrando que el Estado dominado por los clanes constituía una máquina de poder sólida y capaz de excluir a los demás de la competición política.

Los dirigentes políticos postsoviéticos representaban en el Estado, de forma no disimulada, los intereses de las familias ligadas a las suyas y de la gente de su lugar de origen: era la política tradicional, que se mantenía más allá de los cambios y de las nuevas retóricas. La situación, no obstante, no era de inmovilismo: la independencia, por una parte, rompía los canales institucionales a través de los cuales transcurría el flujo de bienes y de dinero entre Moscú y las repúblicas; por otra, convertía a las repúblicas en dueñas de los recursos de su territorio. Estos cambios en la disponibilidad y en los criterios de acceso a los recursos abrían nuevos terrenos a la competición política, en la que participaban principalmente aquéllos que ya detentaban el poder y que reclamaban pues los derechos de posesión sobre las riquezas del Estado. La élite ex comunista podía formar nuevas clientelas utilizando los recursos liberados del control del centro, es decir, llevando a cabo la *nacionalización* de los bienes soviéticos. El discurso que legitimaba la nueva política era obviamente el nacionalista, ya que ofrecía el camino más corto para la búsqueda de consenso. Se trataba de actuar para evitar que otros se presentaran como clase dirigente alternativa. Los posibles rivales eran sobre todo los miembros de

los grupos étnicos titulares de las repúblicas que, durante el último período soviético, habían gozado de un amplio acceso a las escuelas superiores y habían conquistado espacios en cargos de responsabilidad en el aparato del Estado (Buttino, 1993). Los pasos dados por los Gobiernos republicanos hacia la descolonización, ya desde finales de los ochenta, pueden ser considerados esencialmente como concesiones a la presión de estas clases medias que se autoafirman. En 1989, todas las repúblicas establecieron como lengua estatal la del grupo étnico titular, sustrayendo al ruso el monopolio de la oficialidad. Los funcionarios del Estado que no conocieran la lengua nacional debían aprenderla en los plazos establecidos por la ley ya que, de lo contrario, serían obligados a abandonar su cargo. Los rusos vieron atacados los privilegios de su status y se vieron obligados a estudiar una lengua abstrusa, que siempre habían considerado del todo inútil. En 1990 se produjo un nuevo paso en el alejamiento respecto de Rusia: las repúblicas se declararon soberanas, aunque dentro del ámbito de la Unión Soviética. Las leyes republicanas pasaban así a ser prevalentes sobre las federales. Estas disposiciones abrían la vía para que los miembros de los grupos étnicos titulares de las repúblicas se convirtieran en dueños del Estado, reduciendo el espacio (o sea, el poder y los puestos de trabajo) de quienes pertenecían a otras etnias. En el campo económico no se planteaba como prioridad el paso de la propiedad pública a la privada, sino que se seguía una línea de *nacionalizaciones* consistente en el reforzamiento de la posición de los miembros de la nacionalidad titular en el aparato del Estado. De la actividad económica a la universitaria, o a los periódicos, la primacía de la lengua nacional aparecía como prioridad étnica.

Conflicto étnico y lucha política

A finales de los ochenta, la pretensión de obtener derechos “más fuertes” por parte de los miembros de las mayorías nacionales originó una cadena de conflictos étnicos violentos en bastantes zonas del Asia Central. En alguna ciudad y en varias localidades rurales se produjeron no sólo incidentes sino verdaderas movilizaciones organizadas de hombres que asaltaban a sus “enemigos étnicos” y los expulsaban de las casas, del territorio, del trabajo. Era

la cara *popular* de la nacionalización, aunque no tenía nada de espontáneo: las autoridades del lugar, que gozaban de protección en las instituciones estatales, incluso al máximo nivel, se aprovechaban de la difícil situación acaparando recursos (viviendas, canales, campos, etc.) para su propia gente y estableciendo un nuevo orden de poder local. Las autoridades políticas nacionales no eran por lo tanto ajenas a estos enfrentamientos, aunque pronto empezaron a temer la incontrolabilidad del conflicto étnico y a lanzar llamamientos y amenazas en pro de la paz social. El vacío entre un nacionalismo necesario y una moderación también necesaria se colmó con una gestión autoritaria del poder, decididamente policial en el caso uzbeko.

La mayor preocupación de las autoridades políticas era que las tensiones sociales se polarizaran en torno a los rusos, los enemigos naturales de las aspiraciones nacionales y anticoloniales. La mayoría de los cerca de diez millones de rusos residentes en la región vive en Kazajstán, pero su presencia también es muy relevante en Asia Central, al estar concentrados en las grandes ciudades. Su poder ha sido desmontado y, junto con toda la población rusófona (otros eslavos, hebreos europeos, minorías y miembros de los grupos titulares de las repúblicas rusificadas), se han convertido en objeto de la hostilidad popular, aunque en ninguna república se hayan producido actos violentos contra ellos. Las autoridades reprimen a los grupos políticos que apelan al odio contra los europeos, intentando dirigir una transición pacífica y teniendo mucho cuidado de no provocar reacciones hostiles por parte de Rusia y de no acelerar la tendencia migratoria de los rusos. La fuga de éstos acarrea en realidad graves daños a la economía de estos países, ya que son generalmente obreros industriales y a menudo cuadros empleados en la producción. La posición de los rusos y la política hacia ellos representa un problema especialmente delicado en la región septentrional de Kazajstán. Se trata principalmente de rusos, inmigrados varias generaciones atrás, que viven sobre todo en ciudades y no conocen el kazako. Constituyen la gran mayoría de la población en esta región, fronteriza con Rusia, donde los kazakos están de hecho en neta minoría y en general muy rusificados. Los problemas surgen de la posible desestabilización de las relaciones interétnicas en este territorio, lo cual tendría efectos negativos

en las relaciones con Rusia y llegaría a poner en cuestión las actuales fronteras. El Gobierno kazajo mantiene por ello la región bajo control (impidiendo la difusión de movimientos rusos separatistas), intenta reforzar la presencia nacional favoreciendo la inmigración de funcionarios y trabajadores, e impone coercitivamente el uso de la lengua nacional en las instituciones públicas. Obviamente, los rusos se defienden ante estas presiones. De todo ello deriva una situación aparentemente en suspenso por ahora, pero susceptible de evolucionar según las políticas y las injerencias de Almaty y Moscú (Bremmer, 1994).

Otra zona fronteriza donde desde 1991 se han producido tensiones étnicas y riesgos de conflictos graves es la que separa Uzbekistán y Tadjikistán. El peligro provenía de la guerra civil en curso en Tadjikistán. La crisis política en esta república estalla a pocos meses de la proclamación de independencia, cuando en las plazas de Dushanbé se enfrentan manifestaciones de la oposición islámica y democrática con las

organizadas por las fuerzas comunistas pro gubernamentales. A mediados de

año, la oposición logra formar un Gobierno controlado por el Partido del Renacimiento Islámico y alejar a Nabiev de la presidencia de la república. Pero la situación no tarda en cambiar a favor de los comunistas. El país queda dividido entre, por una parte, los clanes de la región de Leninabad y del Kuliab favorables a los comunistas

y, por otra, los de las regiones meridionales de Kurgán-Tiubé y del Gorno-Badajshán, partidarios del movimiento islámico. La guerra civil se extiende violentamente en estas regiones del sur. Las conversaciones de paz se inician a finales de 1993, pero los enfrentamientos no cesan. El Partido del Renacimiento Islámico pedía la formación de un Gobierno de pacificación, que controlase el desarme de las facciones combatientes, restableciese las libertades políticas y convocase elecciones³. A finales de 1994 éstas se celebran en efecto pero en un clima de violencia a pesar de la declaración de una tregua: el poderoso clan de Kuliab, ya en el poder, sale vencedor pero la oposición, tras boicotear las elecciones, no

reconoce la validez de los comicios. La guerra de Tadjikistán muestra contrastes que se extienden a una región más amplia que la de la propia república. Directamente implicado en ella está Afganistán, donde han resurgido en 1994 los enfrentamientos entre las facciones que se disputan el poder central. Las partes en lucha en Tadjikistán han encontrado a sus propios aliados entre aquéllas. En realidad, el Partido del Renacimiento Islámico ha recibido el apoyo del general Achmad Shah Masud, quien dirige formaciones militares compuestas por tadjikos afganos. Esta colaboración ha permitido a cerca de 200.000 guerrilleros de la oposición tadjika refugiarse en Afganistán durante 1993 e instalar allí una base logística para sus incursiones. En el norte de Afganistán también existe una numerosa población uzbeke. El general Abdulrashid Dostum, al frente de las formaciones guerrilleras de los uzbekos afganos, apoya al Gobierno comunista de Dushanbé, un apoyo particularmente agradecido por parte del Gobierno de Uzbekistán, que suministra al general ayuda alimenticia y armas.

Así pues, la solidaridad entre líderes comunistas se extiende de Tashkent a Dushanbé, y desde allí a Afganistán. Y en la base de esta solidaridad existe también un referente étnico representado por la población uzbeke (que suma más de un millón en Tadjikistán y vive preferentemente en las regiones septentrionales vecinas a Uzbekistán favorables a los comunistas). La alianza tadjika también posee esas ramificaciones no sólo en Afganistán, sino también en Uzbekistán: en la región de Samarcanda y Bujara viven tadjikos sometidos a duras políticas de asimilación por parte del Gobierno ex comunista de Tashkent. Su hostilidad respecto a dicho Gobierno y una esperanza separatista hacen que esta minoría (que alcanza casi el millón de personas) vuelva su mirada hacia la oposición existente en Tadjikistán. La situación de guerra no étnica en Tadjikistán remite, pues, a un marco más amplio de conflictos que traspasan incluso sus líneas de demarcación étnica y que conciernen a una amplia región del Asia Central. Existen aún otros protagonistas de la guerra de Tadjikistán. Se trata en primer lugar del Ejército ruso, que en 1993 tenía desplegados a 15.000 hombres con la misión de vigilar la frontera afgana (de 1.000 kilómetros de extensión) así como de apoyar militarmente al Gobierno de

“La solidaridad entre líderes comunistas se extiende de Tashkent a Dushanbé, y desde allí a Afganistán”

Dushanbé. Pero la intervención rusa no fue un hecho aislado, ya que en mayo de 1992 se firmó un Tratado de Seguridad Colectiva entre Rusia, Tadjikistán, Uzbekistán, Kirguizistán, Kazajstán y Armenia. De esta forma, tropas enviadas por otras repúblicas del Asia Central también apoyaron al Gobierno de Dushanbé.

Los Gobiernos centroasiáticos se unieron en la voluntad de obstaculizar la difusión de las tendencias opositoras, o en su preocupación por mantener el control sobre las *nomenklaturas* en el poder. En Uzbekistán, la dictadura de Karimov encuentra justificación en la necesidad de prevenir el contagio de la guerra tadjikista. En reconocimiento a su tenaz empeño, el 16 de enero de 1994, Karimov fue invitado a la capital kirguiza, Bishkek, para recibir el premio “por la paz y el acuerdo entre los pueblos”. Ese mismo día, dos años antes, Karimov había ordenado a la policía disparar contra una manifestación de estudiantes en Tashkent. Según el Gobierno uzbeko, la situación exigía la prohibición de cualquier protesta y de los partidos de oposición. De hecho, el partido nacionalista moderado Erk y el más radical Birlik sufrieron a partir de 1991 crecientes presiones por parte de las autoridades; a finales de 1993, fueron prohibidos y, en 1994, la represión contra sus miembros se endureció aún más. También en Uzbekistán existía un Partido del Renacimiento Islámico, capaz de organizar la protesta del valle de Ferganá, pero no de constituir el polo de convergencia de una alternativa al Gobierno de Tashkent. En general, las referencias a las tradiciones y a la identidad islámica que unen a estos opositores, no tienen nada en común con el “fundamentalismo”, que frecuentemente es fruto imaginario del temor de los occidentales. En el propio Tadjikistán, donde la oposición islámica es más fuerte, ésta no tiene por objetivo construir un Estado confesional y no parece influenciada en este sentido por Irán (con el que los tadjikos comparten la lengua, pero no su Islam shií ya que son predominantemente sunníes). También en Kirguizistán existe oposición, aunque no alternativas fundamentalistas. Akáiev, aun siendo el presidente más democrático del Asia Central, ha impuesto recientemente una modificación constitucional en sentido autoritario y ha convocado elecciones anticipadas que probablemente le otorgarán más poder. No muy diferente es la situación en Kazajstán, donde los partidos nacionalistas están presentes, aunque el

objetivo de los más radicales -como Alash- es la expulsión de los rusos, no la construcción de una república islámica. La tendencia autoritaria, evidente ya desde los primeros días de la independencia, se ha confirmado: Nazarbaiev presentó en las elecciones de la primavera de 1994 una “lista presidencial” bloqueada para confirmar su poder. Ni alternativa parlamentaria ni alternativa islámica: ésta es la situación en Turkmenistán. Allí rige el culto al presidente (reelegido en diciembre de 1994), el poder está repartido, como antes, entre los clanes de las dos principales confederaciones tribales turkmenas y, como en la época soviética, existe un islam oficial subordinado al poder del presidente.

Las bases económicas y diplomáticas de la independencia

El cambio político incierto y lento que hemos encontrado en todas las repúblicas reposa en general sobre una economía en crisis en la que la defensa conservadora de los intereses constituidos convive con la búsqueda cauta de nuevas vías de desarrollo. La crisis se ha agravado desde el desmembramiento de la URSS: el retroceso del producto material neto de 1992 presenta porcentajes comprendidos entre el 13% de Uzbekistán y el 31% de Tadjikistán (United Nations, 1994). Y no ha habido recuperación. Hasta 1991, Asia Central y Kazajstán habían sido parte de una única economía gobernada desde el centro, que enviaba principalmente a Rusia sus materias primas, la energía y los productos agrícolas, y que con los excedentes cubría las necesidades locales. La ruptura de la URSS, según fronteras territoriales no reconocidas por la economía, tuvo efectos desastrosos para estas repúblicas: la clausura de los canales de inversión y de las subvenciones procedentes de las regiones ricas de la URSS agravó la situación. Las repúblicas se encontraron con un comercio exterior propio y con el hecho de tener que comerciar progresivamente con divisas; debían buscar socios, adaptar al máximo las exportaciones a la demanda modificada, atraer inversiones externas. La adaptación a las nuevas condiciones del mercado imponía la necesidad de realizar cambios profundos en el sistema económico interno: se trataba en realidad de afrontar reformas hacia el mercado y la privatización, que en la época soviética habían sido siempre

aplazadas. Sin embargo, la razón de los aplazamientos del pasado no nacía sólo de la inercia del sistema, sino sobre todo del hecho que la reforma tenía motivaciones más evidentes en las zonas industriales de la parte europea de la URSS, donde había escasez de materias primas y de trabajo, que en las zonas asiáticas atrasadas, faltas de capitales y sobradas de fuerza de trabajo. Las repúblicas del sur, *naturalmente* más conservadoras, se encontraron también ante la necesidad de cambiar.

La caída de producción más grave, a parte del Tadjikistán en guerra, se registró en Kazajstán y Kirguizistán, es decir, en las repúblicas que adoptaron los procedimientos de reforma económica más incisivos, entre ellos, la liberalización de precios, que supuso una inflación de magnitud similar a la rusa. Uzbekistán y Turkmenistán optaron en cambio por un enfoque mucho más *cauto* de la reforma, pagando costes más bajos en lo inmediato pero dejando los problemas sin resolver. La cautela consistió en limitar al máximo la privatización,

mantener formas enérgicas de control estatal sobre las empresas privatizadas, excluir de hecho la venta

de la tierra estatal y de los *koljoz*. Además, en el caso de venta de bienes estatales, éstos no eran realmente puestos en el mercado, sino ofrecidos a un solo postor sin competencia. De esta forma, los clanes del Estado permanecieron firmes en

el poder y se enriquecieron con la propiedad privada, mientras el campo quedó en poder de los notables

locales, que eran los directores de los *koljoz* (Zlotowski, 1994). Las dificultades económicas y el reconocimiento de que no podían ser resueltas a corto plazo, han empujado a todas las repúblicas a desarrollar una política muy activa en la edificación de sus relaciones internacionales. Estas razones y otras de carácter cultural y político han convertido rápidamente a Turquía en interlocutor privilegiado. Hoy operan en Asia Central cerca de 3.000 empresas turcas, llegan continuamente delegaciones comerciales, asistencia financiera, periódicos y libros de texto, transmisiones televisivas vía satélite, etc. El primer acuerdo para un “mercado común turco” se firmó ya en 1992

entre las cuatro repúblicas turcofonas del Asia Central, Azerbaidzhán y Turquía. En octubre de 1994, los representantes de las repúblicas se reúnen nuevamente en Estambul para profundizar en la cooperación y, entre otras cosas, discutir de proyectos comunes para la construcción de oleoductos y gaseoductos que enlacen los yacimientos de Kazajstán, Azerbaidzhán y Turkmenistán, hacia el Mediterráneo, cruzando Turquía. Unos proyectos que, obviamente, no agradan a Rusia, que prefiere que el petróleo llegue al mar Negro a través de su territorio; pero el oleoducto *ruso* pasa por Grozny, que hoy está en guerra.

Se configura una corriente de intercambios que recorre la vieja vía de la seda y que llega a China. Sobre todo Kazajstán, pero también Kirguizistán, han descubierto en realidad un socio económico importante en China, con quien comparten una larga frontera, impracticable en los tiempos soviéticos. Incluso Occidente está presente en el mercado kazajo. En Kazajstán, Estados Unidos se muestra particularmente activo: las grandes compañías petroleras firman contratos para la extracción y compra del crudo; el Estado norteamericano trata directamente la compra del uranio enriquecido de las centrales de misiles dejadas por la URSS en esta república. Kirguizistán ha recibido importantes créditos del Fondo Monetario Internacional, que ha mantenido la moneda nacional kirguiza salvándola de una devaluación que parecía inevitable. Todas las repúblicas, excepto Tadjikistán en guerra, han atraído inversiones exteriores y firmado contratos comerciales con varios países europeos, con los Emiratos Árabes, India, Corea del Sur, Japón y otros. El desarrollo de las relaciones económicas con el exterior ha permitido a las repúblicas reducir su dependencia respecto a Rusia, la cual ha tenido que renunciar a toda pretensión monopolista sobre los bienes de Asia Central y convertirse en un socio comercial en igualdad de condiciones que los demás. La intervención de empresarios extranjeros no sólo ha cubierto los espacios liberados por Rusia, sino que ha resultado indispensable para salvar las economías centroasiáticas de un absoluto naufragio. Créditos, inversiones y acuerdos comerciales con el exterior no son sin embargo suficientes para superar rápidamente la crisis ni para asegurar la estabilidad política y social indispensables para dar credibilidad a los mercados de estos países.

“Rusia ha transformado Tadjikistán en un protectorado propio y se ha asociado con Uzbekistán en tales funciones”

La presencia rusa no se plantea como alternativa a estos intereses, sino más bien como complemento. Rusia ha transformado Tadjikistán en un protectorado propio y se ha asociado con Uzbekistán en tales funciones; apoya a los Gobiernos conservadores y autoritarios, obteniendo a cambio garantías respecto a la tutela de las minorías rusas; impone a Kazajstán la entrega de los misiles nucleares (considerados ahora como riqueza, ya no como armamento); ejerce todavía de principal comprador de varios bienes *coloniales*, entre ellos el algodón. Por lo tanto, Rusia tiene aún intereses económicos, políticos y militares que defender en la región: la situación todavía indefinida de Asia Central se clarificará solamente cuando se vea mejor si el gran vecino es un imperio que continúa disgregándose o si, por el contrario, es una potencia con una economía en recuperación.

Asia Central y Kazajstán no tienen todavía ni mercado, ni democracia, ni nuevas clases dirigentes, ni autonomía real respecto a Rusia. Existe un capitalismo despótico con notables ricos y clientelas. El balance de los tres primeros años de independencia muestra una sociedad que cambia lentamente y que absorbe sólo el toque de capitalismo que le conviene.

Notas

1. El censo de 1989 indica que en Kazajstán sólo el 0,9% de los rusos conocía la lengua nacional de la república; en Kirguizistán, el 1,2%; en Turkmenistán el 2,5%; en Tadjikistán el 3,5%; en Uzbekistán el 4,6% (ver los datos del censo publicados en *Vestnik Statistiki* durante 1990 y 1991).
2. Me refiero a los actos violentos contra minorías ocurridos en Dushanbé (Tadjikistán), en Novyi Uzen (Kazajstán), en Ferganá (Uzbekistán) y en Osh (Kirguizistán).
3. Para las posiciones del Partido del Renacimiento Islámico, véase *Ekspress Ironika*, 16, 1994.

Referencias bibliográficas

- Buttino, M. (1993) *In a Collapsing Empire. Underdevelopment, Ethnic Conflicts and Nationalisms in the Soviet Union*. Milán. Véase la introducción para datos y una interpretación más articulada de este fenómeno.
- Bremmer, I. (1994) "Nazarbaev and the North: State-building and Ethnic Relations in Kazakhstan", *Ethnic and Racial Studies*, 4.
- United Nations (1994) *Economic and Social Survey of Asia and the Pacific*, pp.41-45. New York.
- Zlotowski, Y. (1994) "Ouzbékistan et Turkmenistan: l'impossible transition", *Lettre d'Asie Centrale*, 2. Paris-Tashkent.